

Sin embargo este libro, de estilo deslabazado y repetitivo, y con algunos errores de no demasiada importancia, es más interesante que la mayoría de sus hermanos gemelos, pues, pese a darnos los nombres de todos los masones, sus logias, grados, nombres simbólicos, cargos, etc., se refiere más a la situación político-religiosa de las Islas, ataques a la Iglesia y reacciones de la misma, persecución de la masonería por el régimen de Franco, lo que le hacen librarse de ser un mero catálogo masónico por lo general de escasísimo interés dada la endeble nómina de los hermanos.

Está escrito, además, con una notable imparcialidad, muy de agradecer, y sin esa estúpida admiración ante la nada, o la casi nada, a la que otros trabajos nos tienen acostumbrados.

El prólogo, naturalmente, es del omnipresente en estas cuestiones Ferrer Benimeli. Son dos páginas de compromiso, sin interés alguno. Como si no le hubiera entusiasmado el trabajo. Aunque es elogioso. Ni que decir tiene que los hermanos de Orden —religiosa— del padre Ferrer Benimeli siguen siendo el blanco preferido de los ataques masónicos. Claro que de la Compañía de Jesús de entonces a la del padre Ferrer hay distancias de años luz.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

Salvador Abascal: "LA ESPADA Y LA CRUZ DE LA EVANGELIZACIÓN", "LA VERDAD SOBRE CHIAPAS Y EL COMANDANTE SAMUEL", "EL MATRIMONIO", "LA INQUISICIÓN EN HISPANOAMÉRICA" (*)

Salvador Abascal, militante infatigable de la causa católica en Méjico, sigue publicando títulos y títulos en un combate ya de muchos años que bien puede quedar sintetizado en la espada que lleva por logotipo su editorial, con el viejo lema "pro aris et focis". Y omito en esta reseña la referencia a otros dos títulos

(*) Editorial Tradición, Méjico, 1992, 1994, 1998 y 1999; 81, 293, 112 y 380 págs.

más, uno de 1993, *Enrique Krauze, ¿historiador?* y otro de 1996, *El cura Hidalgo de rodillas*, que no han llegado a mis manos.

Con lo que desde 1974 ha escrito veinte obras y ha traducido y publicado otras veintiuna en un extraordinario esfuerzo de trabajo y de combate por un Méjico católico.

Quien ha leído tantas obras suyas ya no experimenta más sorpresas que las de los horizontes sobre los que apunta sus baterías. Del fondo y de la forma ya he escrito lo suficiente en recensiones anteriores y a ellas me remito.

Sus cuatro nuevas producciones son, naturalmente, polémicas y en cierto modo novedosas, pues se alejan de la historia de la independencia mejicana a la que ha dedicado ya miles de páginas aunque en otras obras suyas anteriores también saliera al paso de cuestiones candentes de actualidad.

A ello responde, evidentemente, el primer opúsculo de los que ahora comento, *La espada y la cruz de la evangelización*, en el que da réplica a un folleto sacerdotal publicado por la Comisión Central de Estudio del II Sínodo de la Arquidiócesis de México, firmado por 13 clérigos "que no sólo no saben historia de México, sino que, creyendo saberla, la adulteran a su gusto cometiendo gravísima injusticia contra los primeros evangelizadores de México" (pág. 5). Quienes estamos acostumbrados a leer notables sandeces de anónimas Comisiones no extrañamos las que publiquen los mejicanos, pero es de agradecer, como católicos y como españoles, la defensa que Abascal hace de aquellos santos y heroicos misioneros, gloria de España y padres de la fe del catolicismo mejicano.

Las consabidas bobadas indigenistas quedan destrozadas por la argumentación abascaliana que tenía, por otra parte, fácil la victoria. Todo el folleto es un canto a la conquista de Méjico por los españoles —mucho más meritorio escrito desde allí—, y la confesión paladina de que a Cortés y a los españoles se debe el catolicismo mejicano. Necedades como las que transcribe Abascal en la página 41 quedan pulverizadas por la dialéctica apasionada de este prolífico escritor.

Que, además, reivindique el nombre de Hispanoamérica frente al de Latinoamérica (pág. 45) en sus "respetuosas observa-

ciones" al Documento de consulta del Consejo Episcopal Latinoamericano para 1992, también con leves reticencias antiespañolas, que sirven para acreditar el españolismo de Abascal, es un motivo más de gratitud. Que le irriten irenismos con el protestantismo (pág. 59) de los clérigos de hoy no sorprenderá a nadie que conozca los presupuestos ideológicos del escritor mejicano.

Si el opúsculo anterior es relativamente moderado, en su libro sobre Chiapas nos reencontramos con el intrépido soldado que reparte mandobles a diestro y siniestro. El título del primer capítulo es suficientemente revelador: "El obispo Samuel Ruiz más peligroso que Méndez Arceo". Nos encontramos con una obra contraria a la teología de la liberación, ese caballo de Troya del marxismo que encandiló a tanto clérigo de Hispanoamérica y de Europa. Pero el enfrentamiento no se da en las altas regiones de la teoría sino en los hechos concretos que Abascal denuncia, desmenuza y pulveriza. ¿Es Ruiz más peligroso que Méndez Arceo? No me atrevo a dilucidar la cuestión. El de Cuernavaca fue un pésimo obispo. El de San Cristóbal lo es. No me detendré en la crítica que al folleto de este último, "Teología bíblica de la liberación" (1975), hace Abascal pues creo que en España no vale la pena ocuparse de semejante bodrio. Naturalmente me refiero al folleto y no a la crítica con la que sustancialmente estoy de acuerdo, sin que valga la pena tampoco precisar algunas matizaciones que si el folleto del obispo mereciera la pena, tal vez haría a mi ilustre amigo.

Nada puedo decir sobre la historia que Abascal narra de la provincia de Chiapas, con especial detenimiento en sus obispos, pues excede con mucho mis conocimientos, y que ocupa una buena parte del libro. En ella da interesantes noticias de un antiguo conocido mío, el diputado "persa" de las Cortes de Cádiz, Salvador Samartín o San Martín, que concluyó sus días como obispo chiapense (págs. 255-257).

También excede ampliamente mis conocimientos la última obra que comentamos sobre la Inquisición en América, con gran cantidad de datos sobre procesados, condenados e indultados por aquel Tribunal. El relato es absolutamente positivo y viene a integrarse en esa corriente que, al fin, se desengancha de las truculencias más propias de novelas románticas que de estudios históricos.

Salvador Abascal, fiel a sí mismo, contra todos o casi todos, inquebrantable en sus adhesiones a la religión, y por ello a España, que fue quien la llevó a Méjico, nos deja en estas cuatro obras, y estoy seguro de que está preparando más, un testimonio valiente, extremado en ocasiones, vivo siempre, de su fe. Desesperanzada a veces pero desesperanzada sólo humanamente. Porque quien desde su primera juventud se alistó en el combate contra los enemigos de Dios, que también allí, ¡oh casualidad!, son los enemigos de la patria, bien sabe que las derrotas aquí las paga Él con infinita generosidad en el cielo.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

**José Antonio de Sobrino: ANTONIO AMUNDARAIN.
DESAFÍO Y ESPERANZA (*)**

Otro sacerdote ejemplar de nuestra España contemporánea, Antonio Amundarain (1885-1954), que no nos extrañaría ver pronto en los altares. Y que, salvo fundar el Instituto secular "Alianza en Jesús por María", apenas hizo nada más que ser un santo sacerdote. Lo que, por otra parte, no es poco.

Nacido de familia humildísima en un caserío perdido, hasta los catorce años no aprendió el castellano. Y, sin embargo, en la encrucijada histórica que le tocó vivir, no tuvo vacilación alguna. La República no le gustó. No como régimen político, en lo que no entraba, sino por su persecución a la Iglesia. Y, siendo difícil ser más vasco que él, escribiendo en euskera obritas teatrales y canciones religiosas, siempre se sintió español. Sin vacilación alguna.

Piadoso, humilde, pobre, entregado a los demás, santo... La pureza, en días en que comenzaba a ser considerada como una fiñez, fue diríamos que su obsesión.

(*) BAC, Madrid, 1990, 370 págs.